

Capítulo 15

Larga marcha hacia el cautiverio

Según la noche iba aclarándose, el perfil de los hombros, cabezas y espaldas de los cautivos empezaba a reconocerse entre las sombras. Por todo el patio ampedrado y las estancias del caravasar, la masa silenciosa no hacía sino temblar. Débiles quejidos de los infantes rasgaban el aire gélido hasta apagarse en la ciénaga del cansancio y el hambre.

Los guardas se presentaron entonces en el patio poniendo firmes a los prisioneros. Fueron estos incorporándose entre las protestas quejumbrosas de sus debilitados cuerpos. Iban a ser trasladados fuera del caravasar a otro destino.

En el exterior se hallaba congregada una multitud. Las mujeres intentaron hacerse con algo de ropa destrozada para cubrir el rostro y los brazos como mejor podían (partes estas que debían evitar las miradas de extraños), invadiéndoles al salir del portón del caravasar sentimientos de vergüenza.

Al poner pie en la calle, vieron el gesto de sus paisanos que retorciéndose de ira, solo proferían insultos y les mostraban los dientes. Una andanada de piedras, barro y escupitajos les dio la bienvenida. Trataron de escudar a los niños cubriéndolos con sus brazos.

Iban desfilando por las calles de toda la ciudad entre las chanzas e inectivas de la concurrencia hasta que llegaron a una escuela, la llamada Madreseh Khán, cuya planta había sido construida en 1815 por orden del gobernador de la ciudad.⁴⁶² Aunque el frío les atenazaba ningún alimento vino en su rescate. Los desesperados prisioneros utilizaron el agua estancada de la alberca escolar para apagar la sed.

Por su parte, Mírzá Na'ím ya había dado órdenes de que se trasladase a los prisioneros a Shiraz. Cada día aparecían a las puertas de la escuela unos pocos kilogramos de pan de maíz. Varios prisioneros se negaron a recibir nada de manos de sus opresores, ingiriendo tan solo las mondas de granadas y semillas de dátiles que recogían del suelo.⁴⁶³

La magra ración diaria de pan de maíz seco y rancio mantuvo a los desgraciados a salvo de morir de hambre, aunque por poco.⁴⁶⁴

Cierto día, se presentaron los soldados mandando llamar por cierto Shaykh 'Abdu'l 'Alí, el suegro de Va□íd y uno de los ancianos que había inspirado a los bábíes. Se lo llevaban a él y a sus dos hijos, apenas unos muchachos. El padre contempló cómo se les decapitaba. Los soldados, acto seguido, se ensañaron con él, castigando así su parentesco con Va□íd, hasta darle muerte.⁴⁶⁵ Quedaba con vida la esposa. Los parientes de esta consiguieron que lograra escapar esa misma noche; pero el hermano se negó a recibirla.⁴⁶⁶ No obstante, pudo refugiarse en el hogar de la sirvienta; aunque de poco sirvió: esa misma noche moría presa del inconsolable dolor que le ocasionaron las escenas vividas.⁴⁶⁷

Al sur de la escuela donde se hacinaban las mujeres bábíes, los soldados rastreaban las calles del barrio de Chinár-Súkhtih en busca de más prisioneros que poder llevarse a Shiraz. Las redadas de los soldados gulpáyigánies permitieron capturar a muchos de los que habían logrado escapar tras la última batalla.

Conforme se acercaba el día de la marcha, se hizo salir a las desventuradas mujeres. Un oficial seleccionaba a las que consideraba que podrían soportar la marcha hasta Shiraz.⁴⁶⁸ Escogió a la mitad y envió a la otra mitad de vuelta a sus hogares en el barrio de Chinár-Súkhtih. Las mujeres y los niños aguardaban con pavor a saber qué destino se les deparaba. Los lamentos tronaban cuando la elección imponía la separación de madre e hija, de hermana y hermana, de abuela y nietos, pero nada podía detener semejante criba.

Un joven de quince años, el hijo de Qutb (el gran amigo de 'Alí Sardár y uno de los principales cabecillas bábíes) y su madre pudieron ser rescatados por un tío de la familia, pero, al sufrir la animadversión de otros parientes, pronto se hundieron en la pobreza, viviendo en un cuchitril a cuya entrada se arrojaban inmundicias.⁴⁶⁹

Finalmente, llegó la hora de la partida cuando se reunió y preparó a los cautivos.⁴⁷⁰ Volvieron a amontonarse las cabezas en los canastos, las mujeres atadas a pares para cabalgar a lomos de burro mientras los varones cubrían el trayecto a pie. Los hombres se juntaban en formaciones de diez. Cuando todo estaba listo, la enorme

hilera de cautivos, de burros que acarreaban sus macabros fardos, de niños espantados, de soldados a pie y oficiales a caballo, se empezó a mover bamboleándose hacia el perímetro exterior de la ciudad, donde una muchedumbre de nayrícies les aguardaba para mirarles embobados y dedicarles el tributo de sus últimas vejámenes.

Así comenzaba una larga marcha de varios días en que los cautivos habrían de cubrir con dificultad el trayecto que media hasta Shiraz sorteando el frío, con apenas alimento para aguantar siquiera las piernas, pasando la noche entre aldeanos a los que los soldados pagaban por la pernocta.

Incapaces de aguantar el frío a falta de ropa de abrigo o alimento, los niños, algunos sin madre, van rezagándose en la cuneta⁴⁷¹; e igualmente cierto número de mujeres que ya no aciertan a dar un solo paso más.⁴⁷²

El hijo de una mujer llamada Fátimih, nieta del Mullá principal de Shiraz, muere de hambre.⁴⁷³

Le flaquean las fuerzas al anciano Mullá Mu□ammad-‘Alí Qáid hasta que, no pudiendo más, se derrumba a un lado del camino. Los soldados lo decapitan y suman una cabeza más a los canastos.⁴⁷⁴

En otra parada, uno de los soldados, compadeciéndose de las penalidades de los prisioneros les tiende un par de pieles de cordero que asan a la parrilla antes de llevárselas a la boca. Mírzá Na‘ím descubre lo ocurrido y ordena que el soldado reciba una paliza como escarmiento y aviso a los demás soldados de que no han de socorrer a los prisioneros.

Mírzá Mu□ammad Abid muere de hambre y es decapitado.⁴⁷⁵ Cuando la caravana de sufrientes pasa al lado de su cadáver, queda este abandonado a su suerte. Tienen que ser los hombres de una de las tribus quienes le den sepultura.⁴⁷⁶

Finalmente, los cautivos hacen la que será su última parada en una población situada a diecisiete kilómetros de Shiraz.⁴⁷⁷ Para entonces el Príncipe de Shiraz ha recibido recado de que la procesión está a las puertas. En respuesta se les hace saber que la ciudad les recibirá con grandes festejos y que la procesión puede entrar.⁴⁷⁸ Las mujeres vuelven a montar en burros, los hombres se alinean, las cabezas

abandonan las alforjas y se ensartan en lo alto de las grandes lanzas que los soldados habrán de portar.⁴⁷⁹ Mírzá Na'ím cabalga al frente, y la reata reemprende la marcha.

El vencedor se dispone a hacer su triunfal entrada en Shiraz.

Tras las murallas que rodean Shiraz, el Príncipe ha hecho correr la voz de que ese día será festivo. Los shírácies se lanzan a las callejuelas y vericuetos que forman las paredes de estos hogares que miran hacia dentro y que componen el apretado dédalo de viviendas de uno o dos pisos. Las mujeres se arreglan las manos y uñas con filigranas de henna; las pudientes lo hacen en sus casas, y las demás en los baños públicos.⁴⁸⁰

En una jornada normal en el bazar, los fámulos habrían deambulado llevando bandejas de té mientras la clientela trajinaría con las compras entre los ya concurridos recintos del mercado. En semejantes días los tenderos y comerciantes suelen hacer buen número de apresuradas entradas y salidas desde sus comercios, cuyos mostradores despliegan berenjenas, granadas, cebollas, vinagretas, frutos secos y montañas de especias para el pollo, el pescado y demás guisos, todos expuestos a la vista del público. El aroma de la canela, menta, cúrcuma, lavanda, comino, y la arrozada se funden en el ambiente. Las ojivales arcadas de piedra que recubren los puestos reverberan con el chalaneo. Para entonces las casas de té han despachado a un buen número de clientes que han tomado su refrigerio mientras otros se disponen a pasar las horas del día sentados alrededor de una taza de té que endulza el azúcar candeal que retienen en la boca.

Tal hubiera sido la estampa en un día de negocios, pero este no va a ser un día normal y por ende las grandes estancias del bazar permanecen vacías y oscuras. El Príncipe ha ordenado el cierre de los comercios al declarar el día festivo.

Los shírácies de todos los estamentos sociales se lanzan a la calle para ver cómo los temidos bábies entran por la puerta de Sa'dí, que mira al sur. Se repite la escena de tres años antes. Al igual que en 1850 ven primero a un caudillo orgulloso, esta vez en la persona de Mírzá Na'ím, quien cabalga triunfante mostrando a un lado la espada.

La multitud mira hacia arriba con excitación al observar las cabezas ensartadas en lo alto de las picas. Por debajo de estas, apuran el corto paso como puede un gran contingente de hombres al que sigue una recua de más de cien burros sobre los que montan mujeres mugrientas y mal vestidas y niños famélicos. Entre ellos aún puede verse a ancianos apenas capaces de tenerse en pie. En los rostros de los cautivos se refleja la estampa de los dos meses de lucha con que han debido pechar en las frías montañas. Los shiracíes desahogan sus miedos a voz en grito, si bien la escena de aquellas congojas no deja de herir el corazón de algunos.⁴⁸¹

Y así fue como la comitiva de mujeres y niños recorrió la población hasta el caravasar de Sháh Mír-Alí Hamzih, frente al Portal de Isfahan, situado al norte en las afueras de Shiraz. Los hombres fueron trasladados a prisión. En la oscuridad de los calabozos, volvieron a reencontrarse con bábíes que seguían penando desde los días en que se libró la lucha en el fuerte Khájih, tres años antes.⁴⁸² Las cabezas se depositaron en lugar aparte, a la espera de la última peregrinación, que habría de llevarles a Teherán.⁴⁸³

En el caravasar, se repartió la pitanza de pan que llegó al anochecer. Las mujeres de inmediato alimentaron a sus hijos hambrientos. De noche, la oscuridad de las estancias de piedra del caravasar se acentuaba al calar el frío. Las mujeres agrupaban a sus hijos con sus cuerpos confiando en darles algo de calor. Sus cuerpos menudos gritaban mientras despertaban una y otra vez de su sueño.⁴⁸⁴

A la mañana siguiente, el Príncipe mandó que se hiciese traer a los hombres bábíes ante su presencia. Dispuso que uno de los habitantes de Nayríz, Jalál, hombre fornido, a quien Mírzá Na'ím había traído consigo, diese razón y señas de cada cual, incluyendo una explicación sobre el cometido que habían desempeñado en la contienda. El primero en comparecer fue Mullá 'Abdu'l □usayn, el anciano clérigo que durante tres años había servido como guía respetado de los bábíes. De inmediato Jalál lo señaló como el más levantisco de los cabecillas bábíes. Ahora se erguía ante ellos, y pese a que su aspecto físico era el de un hombre decrepito, su indomable espíritu no le había abandonado.

Se le preguntó cuáles habían sido sus actos. A lo que respondió⁴⁸⁵:

– Convocamos al pueblo a la Buena Nueva del Señor de la Época. Tal era nuestro deber, pero vos habéis obrado como os plugo.

– ¿Cómo así que vosotros habéis comprendido que el Qá'im ha llegado, y nosotros no?

– Los testigos de los imanes y todos los fieles son prueba de esta Verdad. ¿No son estos cautivos y su sufrimiento prueba suficiente para vos? Habéis decapitado a mis hijos delante de mí y os habéis llevado a sus esposas como esclavas, ¿no es esta prueba suficiente? Estas son las pruebas del Señor de la Época.

El Príncipe ordenó que maldijese al Báb, a lo que él se negó. El Príncipe hizo que trajeran a otros delante de él. Les ordenó que apostatasen. También se negaron. Enseguida se forzó a que saliesen cinco hombres de la plaza contigua a la prisión. Se les atravesó con lanzas y a otros dos se les decapitó.⁴⁸⁶ A los clérigos más destacados de entre las filas bábíes se les reservaba para el trayecto que había de llevarles a Teherán.

Un caudillo tribal encareció al Príncipe a mostrarse clemente hacia los desgraciados. Con anterioridad se había mostrado crítico ante Mírzá Na'ím por haber recreado la famosa escena de la matanza de Karbila, tragedia con la que se conmemora la muerte del Imán □usayn, a quien todos los shí'ies reverencian, y que cada año se representa con gran profusión de luto. Sin embargo, esta vez eran los bábíes los que se presentaban como fieles y los shí'ies como perseguidores.⁴⁸⁷

Para las mujeres y los niños, los días transcurrían expuestos a las mofas del gentío. Con cada fría noche que pasaba, los niños iban perdiendo el poco resuello que aún les quedaba. Una de las madres intentó acunar a su infante en su regazo mientras las dos niñas se acurrucaban bajo el otro brazo con el que procuraba abrigo con algo de ropa. Pero les iba faltando el aliento y poco más era lo que podía hacer para atajar la situación. El hambre y el frío invernal se llevaron a las niñas y a los niños de las demás.⁴⁸⁸

Todos los días, los shírácíes debían presenciar el mismo cuadro de mujeres harapientas y chiquillería humillada. La crueldad de lo que ocurrió se volvió tanto más aparente cuando se desvanecieron los

ardores con que Mírzá Na'ím hizo su entrada triunfal. Gradualmente, los corazones se iban ablandando.⁴⁸⁹

Aun así, nunca habrían de concluir los tormentos de las mujeres bábíes. Se decidió que el destino de estas sería el de convertirse en recompensa de soldados y demás autoridades. Así, los hombres se presentaban en el caravasar, inspeccionaban a las cautivas y se apoderaban de las que apeteciesen, forzando a algunas a desposarse. A otras se las abandonó por completó a su suerte, dejando que mendigasen con sus criaturas por las calles de Shiraz.⁴⁹⁰ En los meses y años venideros, varias podrían regresar a Nayríz en tanto que otras se vieron reducidas a la mendicidad.

En otra parte de la ciudad, Khadíjih Bagum, la viuda del Báb, quien ahora vivía en la casa de su hermana, pudo oír el tumulto que vivía la ciudad y hacerse cargo del sufrimiento que padecían los bábíes de Nayríz, pero no podía salir a verles. Antes de fallecer el Báb, había vivido en una constante incertidumbre, sin saber a ciencia cierta sobre Su paradero o condición; incluso la noticia del Martirio del Báb y de su tío, en cuyo hogar había jugado de niña, le llegó solo después de un tiempo. Cuánto añoraba poder ver a los bábíes de Nayríz, los hijos e hijas espirituales de su Esposo, ¡cuyos sacrificios eran el emblema de la sagrada condición de Su marido! Pronto fue posible para algunas de las mujeres puestas en libertad acudir regularmente a la casa de una amiga donde podían visitarla.⁴⁹¹ Varias de estas mujeres incluso se incorporaron al personal de la casa.⁴⁹² A cada una de ellas les entregó Khadíjih Bagum un pañuelo de delicado lino. Una de ellas, una joven viuda –la cabeza de cuyo marido había viajado en volandas– dio nacimiento a una criatura, en la intemperie, durante la marcha a Shiraz.⁴⁹³ Khadíjih Bagum le dio el nombre de Humáyún, el “Bendito”.⁴⁹⁴

Mientras, en la cárcel, se hacía recuento de los hombres bábíes. Se decidió que sesenta de los más destacados, pero que no hubieran participado en la contienda, debían quedar en libertad.⁴⁹⁵ A setenta y tres de los restantes se los maniató, aprestándolos para lo que había de ser una larga marcha hasta la capital, donde se personarían ante el Rey de Persia.

Formando una reata flanqueada por los soldados, los bábíes comenzaron a recorrer la primera etapa con destino a la capital del Reino, situada a unos novecientos kilómetros al norte. Los burros portaban las cabezas decapitadas. Dejaron atrás Shiraz por la puerta de Isfahan, emprendiendo el camino por las rocosas montañas. Dimidiaba el invierno y el frío arreciaba. Atrás quedaban sus seres queridos, que ahora vivían, si es que habían logrado sobrevivir, en la más absoluta miseria o cautivos en hogares extraños. Lo que les aconteciese era un enigma.

Pronto el pardo paisaje moteado de verdor aquí o allá se allanó. El frío invernal que azotaba la llanura les fustigaba. Si algún hombre caía exhausto, quedaba orillado a la espera de que los soldados lo descabezasen para abandonar el cadáver a la intemperie.

Una de estas víctimas fue el anciano y venerable clérigo, Mullá ‘Abdu’l Qusayn, el primero en caer herido en 1850, quien perdió a su hijo en la lucha del Fuerte Khájih, y a otros cuatro hijos en la lucha de las montañas. Era octogenario. Su cuerpo le abandonó a tres paradas de Shiraz. Sufrió la suerte ya dicha: fue decapitado, y el cadáver abandonado a la intemperie.⁴⁹⁶

Pasadas unas jornadas llegaron a la última población de importancia en la provincia de Fárs, Ábádih, parada en la ruta migratoria de la tribu Qashqa’í. El paisanaje, incitado por los clérigos, salió a recibir con mofa y befa a los prisioneros, dando por hecho que a cambio de tan meritorio acto se harían acreedores de bendiciones especiales. En Ábádih, un mensaje de la corte del Rey de Persia, les hizo saber que debían abandonar las cabezas antes de reemprender la marcha hasta la capital. La gente del pueblo se negó a que las cabezas se enterrasen su camposanto, por temor a que semejante profanación contaminase los demás restos que allí reposaban. Por esta razón se escogió un campo abandonado situado fuera de la población. Los soldados cavaron grandes fosas a donde fueron a parar las cabezas de los bábíes.⁴⁹⁷ Desde allí reanudaron la marcha. Este campo desolado situado en las afueras de Ábádih permaneció tal cual durante diez años.

Más adelante, tras el advenimiento de Aquel Quien Dios hará manifiesto –el Prometido del Báb– nuevos creyentes hicieron de

Ábádih su morada, dando lugar así al nacimiento de una nueva comunidad bahá'í. Transcurrido medio siglo desde que se dio sepultura a las cabezas, 'Abdu'l-Bahá preguntó a los bahá'ís que se hallaban en Su presencia en Tierra Santa por el nombre que le habían dado al paraje. «Jardín de las Cabezas de los Mártires», respondieron. 'Abdu'l-Bahá, alzándose, reveló entonces una Tabla de Visitación para que allí la recitase un creyente en su nombre:

¡Gloria sea sobre vosotros! La bendición sea sobre vosotros por cuanto habéis obrado. Habéis ofrendado vuestras posesiones, vuestros parientes y vuestras almas en el sendero de la Gloria de Dios por amor a Su Muy Exaltada Belleza. Alabado sea Tu Señor Gloriosísimo por cuanto Él os ha creado, y Dios os ha dado el ser alzándoos desde las tumbas del yo y del deseo y os ha alistado bajo la enseña de la Alabanza de Dios en la hora en que la Más Grande Resurrección tuvo lugar.⁴⁹⁸

'Abdu'l-Bahá le dio al yermo un nuevo nombre; desde entonces se llamaría «el Jardín del Misericordioso».

Los cautivos reanudaron la larga marcha, a veces incapaces de avanzar un solo paso. Penosamente recorrieron la otrora gran capital, Isfahán. Seguían cayendo a lo largo del recorrido. Aun así, la marcha no se detenía. Atravesaron la ciudad levítica de Qom, con sus lagos vaporosos situados en el lado occidental de la carretera. Unos veintidós prisioneros dejaron la vida en algún recodo del camino.⁴⁹⁹

Finalmente, pudieron divisar la capital del Reino. Al entrar, se les hizo comparecer en presencia del Rey. Su Alteza Real ordenó que quince debieran apostatar. Al negarse, se les ejecutó.⁵⁰⁰ Otros veintitrés más morían en la cárcel.⁵⁰¹

Pasados tres años, se puso en libertad a trece; pero la mayoría murió poco después víctimas de la consunción. De cuatro se sabe que lograron cubrir el recorrido de vuelta hasta Nayríz⁵⁰², pasando a engrosar la naciente comunidad bahá'í de Nayríz.